

aborígenes no tenían inmunidad biológica frente a devastadoras enfermedades del viejo continente, la viruela, por ejemplo, aunque tuvieron también su revancha como ya hemos dicho. Si consideramos este fenómeno desde el punto de vista que sobre la unicidad inicial de la cultura humana sostuvo el antropólogo germano-norteamericano Kröber, podemos darnos cuenta de la inmensa significación de la conquista. Kröber sostenía que la cultura es una eukumené, es decir, básicamente un fenómeno único para toda la especie humana, cosa que, después, ha sido sostenida por otro célebre antropólogo norteamericano, Linton, en un libro titulado *El Arbol de la Cultura*. Esto supone que América perteneció originalmente a la eukumené, pero por una evolución fuere geológica, fuere de otro carácter, se vio separada, cercenada de la eukumené, y condenada a desarrollarse en su aislamiento. La conquista es, pues, el hecho violento, violentísimo, ya lo hemos visto, que reinscribe al continente americano en la eukumené o universalidad humana. Que ese hecho tuviera costos altísimos en el plano biológico y social y en otros, nada tiene que extrañar.

El economista francés Charles Baudin, fingiendo de historiador, dijo en un célebre libro sobre el Imperio Socialista de los Incas, que era una lástima que las culturas americanas hubieran llegado a un término artificial y violento de su desarrollo por obra de los conquistadores y particularmente los españoles. Yo no pretendo tener autoridad para juzgar este punto, pero si no se me autoriza a emitir un juicio, al menos permítaseme decir una sospecha. Y bien, mi sospecha es que las culturas americanas ya habían dado de sí lo que podían dar, y su destino era repetirse sin término en un tiempo cíclico en el fondo sin horizonte y sin futuro. Y lo que me hace pensar así es que si bien los americanos conocían la rueda, que en la eukumené del viejo continente marca el paso decisivo de la Edad de Bronce a la Edad de Hierro, en América ese paso no se dio, ni se podía dar, porque los americanos carecían de animales de tiro. Nuevamente una carencia biológica se presenta como un factor límite del desarrollo cultural. Las culturas americanas son, sin duda, inmensamente interesantes en sí mismas, pero cabe la sospecha que por sí solas jamás habrían superado la Edad de Bronce. Esto es, por cierto, un punto de vista personal que refuerza otros que vengo expresando, aunque no los condiciona necesariamente.

Pero lo que me preocupa más en la explicación teórica de lo que fue la conquista, es el problema de cuál fue el factor decisivo de su temprano éxito. El ilustre historiador inglés Arnold Toynbee, en un discutible ensayo sobre la conquista de México, dijo que Cortés, después de todo, sólo había sido un condotiero como esos que había conocido en Italia antes, condotiero al servicio de los enemigos de los aztecas. Claro que surge primero la objeción de que un condotiero no quema sus naves. En segundo lugar, hace falta explicar entonces cómo el condotiero se quedó con todo, es decir, con todos los indios vencidos y vencedores por igual. Hay algo que tiene que explicar su victoria más allá de los límites de la acción del condotiero. Para México, se tiene ya lista una explicación razonable: los españoles suprimieron los sacrificios humanos y los pueblos indígenas aceptaron la conquista y la dominación española, pues se vieron liberados del flagelo muchísimo mayor de la antropofagia. A su vez, esta acción española tuvo éxito porque ellos aportaron especies animales que permitían una alimentación proteínica de la cual el México precolombino, si no estaba

del todo desprovisto, sufría en todo caso una fuerte carencia. Así los hechos biológicos resultan ser en alto grado condicionantes de la evolución histórica y cultural.

Yo no me atrevo a decir en qué medida y de qué manera un razonamiento similar es aplicable al Perú. Pero sé que la conquista española del Imperio Incaico quedó consolidada con sorprendente facilidad. Hubo, por cierto, resistencia. Hay quien ha hablado de la guerra de los Huiracochas en que estuvieron comprometidos los generales de Atahualpa. Hubo también sectores indígenas banderizados por el conquistador europeo, el caso más conocido es el de la Comunidad de los Huancas. Hubo la revolución de Manco Inca, pero en suma fue derrotada pronto en medio del impotente heroísmo de Cahuide ante el asalto de Juan Pizarro a la fortaleza de Saccahuamán, y después los españoles empezaron a combatirse entre ellos: guerra de Almagro contra Pizarro; revolución de los almagristas vencida por Gonzalo Pizarro; luego la rebeldía muy larga del propio Gonzalo Pizarro contra el Rey; por último, la revuelta de Centeno; en suma, veinte años de contiendas civiles de las que dice Garcilaso que le impidieron estudiar las letras porque su juventud transcurrió entre armas y caballos. Las masas indígenas ciertamente no se quedaban ociosas contemplando desde las laderas de los montes el combate de los caballeros hispanos, sino participaban activamente en el transporte de las armas y vituallas y acaso en la infantería. Lo que no hicieron fue rebelarse contra sus amos desunidos ni aprovechar la ocasión para echarlos al mar. Esto, ¿cómo se explica? La única explicación es que la conquista había aportado algo particularmente valioso que la ponía fuera de discusión. Especies biológicas, vegetales y animales, técnicas nuevas, un horizonte espiritual superior. La distancia impide formarse una idea precisa, pero no cabe duda que hubo un factor o conjunto de factores de alta significación cultural que hicieron de la conquista un hecho consumado, como no lo habría podido ser nunca en términos puramente militares. Piénsese en los Araucanos. No excluyo la posibilidad de que también en el Perú jugara un papel la supresión de la antropofagia. En este sentido me pregunto cuál sería el resultado de una lectura de las crónicas en que se relata la supresión de las «huacas», es decir, la lucha contra las religiones nativas, y que constantemente mencionan crímenes «contra natura». Esta expresión se interpreta usualmente como una alusión a perversiones sexuales; pero no podría interpretársela como una alusión velada a la antropofagia que había que silenciar para no revivir. En todo caso, la realidad debe haber sido bastante más compleja que lo que podemos razonar o suponer. Sería demasiado fácil y unilateral imaginar, por ejemplo, el efecto en la población indígena de la primera bóveda tendida por los españoles entre muros prehispánicos, que hasta entonces sólo habían soportado techos de paja. Quizá ese deslumbramiento termine de explicar el suceso de la conquista, pero no creo que baste por sí mismo.

* * *

Y llega, por fin, el momento de decir que la conquista, desenfreno de la sed del oro, desenfreno de la crueldad y el egoísmo, aunque también desborde de la compasión y la caridad fue, además, una cosa en que hasta ahora no hemos pensado: fue, además, un paraíso erótico.

Esto, al menos, es lo que nos dice José Luis Varallanos en el hermoso libro que he citado. El apoya su aserto en los cronistas y en particular en uno que tiene cierta especial vinculación con Copenhague, puesto que el manuscrito se encuentra depositado en la Biblioteca Real de esta ciudad. Me refiero a la crónica o memorial de Huamán Poma de Ayala, la cual, como bien se sabe, es una requisitoria al Rey de España, don Felipe II, no para discutir su soberanía en el Perú, sino para que la asiente en forma justa y adecuada, a fin de dar al país el desideratum de un buen gobierno. La crónica de Poma de Ayala se diferencia de la de Garcilaso de la Vega, el inca inmortal, en que fue escrita en el Perú justamente en el período en que comienza la consolidación del Virreinato y, por tanto, da cuenta de hechos de los que Garcilaso no tuvo conocimiento directo. De otro lado, la crónica tiene el enorme interés de que cada página está ilustrada con un dibujo en tinta, de gran simplicidad y naiveté, por cierto. Pero que permite formarse una imagen de los hechos y costumbres. Uno de estos dibujos subraya el escándalo que fue al principio, el nacimiento de los mestizos de india y de español. Pero luego la crónica da cuenta de la generalización del fenómeno, y hasta hay una muy interesante lámina en que una india joven ofrece a la mirada aprobatoria de un español sus partes pudendas y abajo una leyenda, que repito a riesgo de herir oídos castos, dice: «Llegan los españoles, desvirgan a las indias y se amanceban con ellas». Quiere esto decir que donde quiera fueran a parar los españoles eran dueños de las indias que deseasen y nadie les oponía resistencia, ni las indias, ni los indios que posiblemente veían en ello de alguna manera un honor, o en todo caso un mal inevitable.

Tal es el origen de la raza mestiza peruana, el cholo como se le llama en una palabra que puede ser alternativamente despectiva o cariñosa. La aceptación original de la palabra fue en todo caso despectiva, pues «cholo» viene de una voz quechua que quiere decir perro, y la minusvalía de la especie canina en el mundo hispánico es conocida. Pero como suele suceder, los pueblos sacan orgullo de flaqueza y tornan en motivo de honra aquello mismo que para otros era motivo de desdén. Esto es lo que puede observarse con la transformación de la palabra cholo en el Perú. En todo caso, es claro que normalmente el cholo no proviene de la unión matrimonial entre india y español, o a la inversa, aunque ello sucediera en algún porcentaje de mestizos. El cholo proviene de la relación sexual puramente natural, jurídica y religiosamente irregular, al menos según las concepciones tradicionales. Y esto sigue siendo así en muy buena medida en nuestra sociedad de hoy.

Pero vengamos a un punto al que atribuyo especial significación. El escritor peruano Héctor Velarde, humorista que hacía sonreír a la buena burguesía de Lima dijo, una vez, que él no estaba de acuerdo en que a España se le llamase la Madre Patria. Eso era un profundo error histórico. España es más bien el padre, que según dijo Velarde, mandó a los conquistadores, algo así como espermatozoides, a fecundar a la madre, que siempre es la tierra y lo ligado a la tierra, la raza telúrica, indígena.

Yo tengo por mi lado una historia que confirma esta observación. Estábamos en Bruselas en la sala de directorio de la Embajada de Méjico, sesionando los diplomáticos latinoamericanos sobre nuestras relaciones con la Comunidad Económica Europea. En embajador de Méjico, don José Calderón Puig, hombre sumamente